

# Romero, Mártir del amor de Dios a los pobres

OSCAR A. CAMPANA

*Romero, Mártir del amor de Dios a los pobres*<sup>1</sup>.

Oscar A. Campana<sup>2</sup>

1. En mayo de 1977 el ejército salvadoreño llevó a cabo un operativo represivo en la zona de Aguilares al que cínicamente denominó “Operación Rutilio”. El padre Rutilio Grande había sido asesinado el 12 de marzo de ese año, junto a dos campesinos. Tres semanas antes, un obispo de perfil conservador había asumido como arzobispo de San Salvador. Se llamaba Óscar Arnulfo Romero. Y desde el asesinato de Rutilio su posicionamiento público, pastoral, teológico, evangélico, ya no tuvo vuelta atrás: concluiría con su propio martirio, el 24 de marzo de 1980, luego de tres años cargados de amenazas, atentados y persecución. Tras la muerte de otro sacerdote, Octavio Ortiz, a principios de 1979, Romero viajó a Roma sin lograr que Juan

Pablo II lo recibiera. Tuvo que interceptarlo en una audiencia pública, para entregarle un informe sobre la situación de El Salvador. El Papa no lo quiso leer, puso en duda sus dichos y lo retó en público.

Un año después de la muerte de Romero, El Salvador conocería la guerra civil abierta que recién encontró un cauce hacia la paz con los acuerdos de 1992, dejando atrás decenas de miles de muertos y desaparecidos. Entre ellos, seis jesuitas de la Universidad Centroamericana, la cocinera y su hija, asesinados el 16 de noviembre de 1989.

Sumo a este inacabable relato de horrores<sup>3</sup>, la condena a la obra de Jon Sobrino dispuesta por la Congregación para la Doctrina de la Fe en 2007<sup>4</sup>. Sobrino, el único sobreviviente de la masacre de 1989, era ahora alcanzado por las esquirlas de la inquisición. Si en

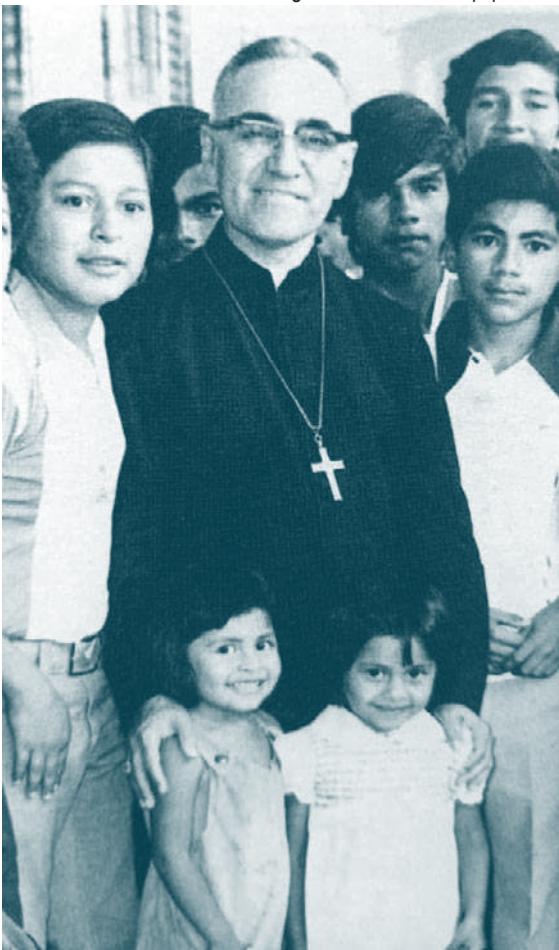
<sup>1</sup> El presente escrito tuvo su origen en una ponencia presentada en la “Charla Homenaje a Óscar Arnulfo Romero, el Santo de los pueblos de América”, organizada por el colectivo América profética y llevada a cabo en la Ciudad de Buenos Aires el pasado 7 de septiembre.

<sup>2</sup> Escritor y profesor de teología. Autor, entre otras obras, de *Su sangre en el lodo. Enrique Angelelli, mártir riojano* (2019) y *Jesús de Nazaret, su historia y la nuestra: Cristología* (1994).

<sup>3</sup> A fines de 1980 serían secuestradas, desaparecidas, violadas y asesinadas cuatro religiosas estadounidenses, Ita, Maura, Dorothy y Jeane. La lista es interminable...

<sup>4</sup> El entonces arzobispo de San Salvador, Fernando Sáenz Lacalle, había sido antes ordinario castrense, y no se negó a recibir el ascenso a general de brigada...

Fotografía: Asociación Equipo Maíz



otras épocas de la historia el “brazo laico” era el encargado de cumplir con las sentencias que el proceso eclesiástico definía, en 2007 el inquisidor fue por lo que el brazo laico no pudo oportunamente liquidar<sup>5</sup>.

Desde el asesinato de Rutilio a la

condena de Jon Sobrino, pasaron treinta años. Treinta años de mártires y confesores en medio de un pueblo martirizado y crucificado.

Pero en 2015 Roma reconoce el martirio de Romero, quien es beatificado ese mismo año<sup>6</sup>. Finalmente, Francisco lo canoniza en 2018, junto a Paulo VI.

¿Qué medió entre aquellas tres décadas de muerte y martirio a este reconocimiento por parte de Roma? Muchas son las hipótesis y las lecturas posibles. Una no menor, es el valor estratégico del catolicismo latinoamericano –¿en retirada?– para la Iglesia Católica Romana y la necesidad, entonces, de resaltar a las figuras más significativas de las últimas décadas. Sin dudas, además, la presencia de un Papa latinoamericano resultó decisiva. Lo cierto es que, como con tantas y tantos, la gran Iglesia reconoció como mártir y santo a quien el pueblo ya había canonizado a su manera. Porque “con Monseñor Romero, Dios pasó por El Salvador”, dijo Ignacio Ellacuría, otro mártir. Y cuando Dios pasa por un lugar, la fe del pueblo sabe verlo.

**2.** Muchas veces a lo largo de la historia el martirio fue practicado por los propios cristianos o por quienes decían serlo. Si esto fue válido en muchos lugares del mundo, lo fue aún más en nuestra catoliquísima e hispanísima

<sup>5</sup> Supongo que para los arzobispos-generales tales distinciones no sean necesarias.

<sup>6</sup> Pequeña revancha de la vida (¿al “estilo Francisco”?), la misa de beatificación fue presidida por el cardenal Angelo Amato, que en 2007 había sido el secretario de la Congregación para Doctrina de la Fe que firmó la condena a Jon Sobrino. Ver Campana O., “Arzobispos”: Vida Pastoral 265 (2007) 3.

América Latina<sup>7</sup>.

Dice Rodolfo Cardenal:

Tradicionalmente, el verdugo del mártir ha sido el no-cristiano, movido por el odio a la fe. Pero en estos dos casos<sup>8</sup> [...] los verdugos se han confesado católicos o cristianos activos<sup>9</sup>. En su descargo, han alegado la defensa de la sociedad democrática y cristiana de la embestida del comunismo ateo. Así, pues, habrían asesinado en nombre de la cristiandad occidental. Este hecho cuestiona la estrechez de la concepción tradicional del martirio y exige su ampliación y profundización.<sup>10</sup>

En América Latina, hay cristianos que asesinan a cristianos. Otros cristianos no reconocen a los cristianos mártires.

**3. ¿Qué tienen para decirnos hoy la vida y la muerte de Óscar Romero?** Es una pregunta de respuestas abiertas... Sólo puede responderse desde la pers-

<sup>7</sup> Región –digamos de paso– que ostenta el récord absoluto de países con ordinariatos castrenses. Para el caso argentino ver Mignone E. F., Iglesia y dictadura. El papel de la Iglesia a la luz de sus relaciones con el régimen militar, Buenos Aires 1986; Bilbao L. y Lede A., Profeta del genocidio. El Vicariato castrense y los diarios del obispo Bonamín en la última dictadura, Buenos Aires 2016.

<sup>8</sup> Se refiere al padre Rutilio Grande y a monseñor Óscar Arnulfo Romero.

<sup>9</sup> “José Ricardo Espinosa Guerra era un bachiller egresado del Externado San José, de la época en que el rectorado era ocupado por Segundo Montes. En la madrugada del 16 de noviembre de 1989, ya como teniente del batallón Atlacatl, comandó el grupo armado que acabó con la vida, entre otros, de su antiguo rector: Campana O., “La pasión de Ignacio. La pasión de El Salvador”: Proyecto 33 (1999) 40-44, 43.

<sup>10</sup> Cardenal R., “Presentación”: Revista Latinoamericana de Teología 94 (2015) 3. Ver Bianchi E. C., “Ponce de León, obispo y mártir”: Vida Pastoral 363 (2007) 4-26; Bianchi E. C., “Apuntes para una recepción eclesial de los martirios de Romero y Angelelli”: Teología 126 (2018) 163-179; Campana O., “Apuntes para una teología del martirio. Una relectura desde la experiencia argentina”: Miradas y Proyectos 5 (2022) 127-144; Bianchi E. C. y Liberti L. O., “La memoria como cáliz. Martirio y testimonio cristiano en la espiral de la violencia”: AA. VV., La verdad los hará libres. Interpretaciones sobre la Iglesia en la Argentina 1966-1983, Tomo 3, Buenos Aires 2023, 165-189.

<sup>11</sup> No hace falta ir tan lejos. En agosto pasado, aquí, en Argentina, fue un cura católico quien organizó la visita de seis legisladores nacionales a un grupo de represores de la última dictadura que cumplen condena por delitos de lesa humanidad. La foto que circuló hasta el cansancio, tenía como escenario una capilla. Con el crucifijo de fondo, podíamos ver, entre otros, al delator, secuestrador y represor de Alice Domon y Leonie Duquet...

<sup>12</sup> En el caso de la Iglesia católica, el camino que pasa por la recepción del Concilio Ecuménico Vaticano II, las Conferencias de Medellín y Puebla, la emergencia de la teología de la liberación como expresión de una nueva praxis y presencia en el mundo de los pobres, etcétera.

tires. Otros cristianos proclaman mártires a los cristianos martirizados y no reconocidos por la gran institución... Y todos dicen obrar en nombre de Dios y de la fe...<sup>11</sup>

En América Latina, el significado de la fe cristiana parece ser un territorio en disputa. No es nuevo en la historia del continente. Pero las iglesias se re-encontraron con la tradición del martirio cuando mudaron su lugar –conversión, diría Jesús– y recorrieron el camino que va de la Iglesia cómplice de la conquista a las comunidades cristianas comprometidas con la liberación de los pueblos.<sup>12</sup>

pectiva de los crucificados de América Latina. Ellos saben de la esperanza como virtud de la historia, con sus noches de la fe y de los sentidos, como la que hoy atravesamos, de Bukele a Milei y de todo lo que ellos representan.

Y sin embargo...

Decía Don Pedro Casaldáliga: “Quedan Dios y los pobres”.

Digo yo: tan cerca, tan juntos...

Dios oculto y a la vez manifestado en el mundo de los pobres.

Nos toca ser fieles a esta fe, en medio de las sombras. Aun cuando caen los marcos teóricos de nuestra praxis y pensamiento. Ya no hay lugares seguros. “Ya por aquí no hay camino”, decía Juan de la Cruz en el siglo XVI<sup>13</sup>. Ya no hay caminos. Sólo apuestastas. Pero en medio del pueblo, la casa de Dios redescubierta en América Latina.

Porque la fe no es garantía de triunfo o victoria histórica. En ese caso, no sería más que un pagaré. Y no lo es. Y si nos toca atravesar tiempos de desiertos, sepámos que nunca dejan de ser tiempos de amar, hasta el final. Como San Romero de América supo enseñarnos.

Quiero terminar con una reflexión a partir de palabras de Jon Sobrino. Él se hallaba en Tailandia cuando mataron a

sus hermanos jesuitas. Dice Jon:

Al día siguiente me pidieron si yo podía decir unas palabras en una misa que organizaron [...]. Y dije algo que suelo repetir porque creo que todavía no lo sé decir mejor a como lo dije entonces: “Tengo una mala noticia que darles: han matado a toda mi familia. Y tengo una buena noticia que darles: yo he vivido con gente que ha amado a los demás”<sup>14</sup>.

De eso se trata. De apostar al amor, no al odio. Al amor, en medio de este tiempo que parece enaltecer a los odiadores. Al amor, que se hace compromiso en el día a día. Ese es el camino: amar a los demás, amar a los pobres, con todas las consecuencias políticas que esto supone. Eso es lo que nos enseñó monseñor Romero. Y tras él y antes de él, todos los mártires latinoamericanos. Porque es el amor lo que hace mártires a los mártires. Y lo que sostiene la esperanza.

Ojalá podamos ser mártires para nuestro pueblo pobre y para los pobres de nuestros pueblos. Para que “las estirpes condenadas a cien años de soledad” tengan “una segunda oportunidad sobre la tierra”<sup>15</sup>.

<sup>13</sup> Juan de la Cruz, “El monte de perfección”: Vida y obras de San Juan de la Cruz, Madrid 197810, 436-443. Ver Gutiérrez G., Beber en su propio pozo. En el itinerario espiritual de un pueblo, Salamanca 1984, 48-119.

<sup>14</sup> Silva E. M. y otros, «Ha habido momentos que la iglesia se pareció más a Jesús». Entrevista a Jon Sobrino». Vida Pastoral 238 (2002).

<sup>15</sup> García Márquez, G., Cien años de soledad, Buenos Aires 1967, 471.